HARLEQUIN®

Bianca®



Pasión escrita

Carol Marinelli

Pasión escrita

Carol Marinelli



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 The SAL Marinelli Family Trust. Todos los derechos reservados,
PASIÓN ESCRITA, Nº 1655 - julio 2010
Título original: In the Rich Man's World
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8864-6
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

SOLO Y EN la cama.

Aquel pensamiento tentador provocó una extraña sonrisa en los labios de Vaughan. Era una contradicción en Vaughan Mason según los periodistas que seguían cada uno de sus pasos, buscando el sensacionalismo incluso en sus asuntos profesionales.

Dio un largo sorbo a su café. Llevaba más de treinta y seis horas sin dormir y había cruzado varias franjas horarias. Había tomado tanto café como para hacer subir el precio de las acciones de las compañías de café en un importante porcentaje.

Lo único que deseaba era terminar aquel largo día, pero aún tenía que hacer frente a la relación de amor y odio que mantenía con los periodistas.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Se apoyó en el respaldo de su asiento y bostezó mientras Katy Vale, su secretaria, entraba en su despacho con una alegre sonrisa, señal de que era viernes por la tarde. Se inclinó sobre su escritorio y le entregó una lista.

–Es tu día de suerte.

–Me podrías haber dicho eso treinta y seis horas antes.

Había empezado el día a horas intempestivas en

Japón. Después había tenido una reunión en Singapur y, tras largas horas de espera en el aeropuerto de esa ciudad, ahora estaba en su despacho de Sidney, cansado debido al cambio de horario. Lo último que deseaba en aquel momento era enfrentarse a las entrevistas, pero al ver el listado con los nombres tachados, sonrió.

–Al parecer van a convocar elecciones, o al menos ése es el rumor que corre –explicó Katy–. Todos los periodistas han cancelado las entrevistas que tenían contigo y se han ido para Canberra.

–Lo que quiere decir que por fin puedo irme a la cama.

Que hubieran cancelado con tan poco tiempo de antelación no le molestaba a Vaughan en absoluto. De hecho, le producía un gran alivio. El primer ministro era uno de los pocos que podía robarle titulares de las páginas de los diarios económicos y estaba encantado de cederle el puesto.

Dejó el bolígrafo sobre la mesa, se puso en pie y se estiró. Pero al ver que Katy sacudía la cabeza, se detuvo.

–Todavía no puedes irte, lo siento. El *Tribute* ha enviado a otro periodista.

Echando un vistazo a la lista, Vaughan frunció el ceño.

–¿Para qué demonios tiene Amelia Jacobs que entrevistarme?

–¿La conoces? –preguntó Katy. Su tono de voz evidenciaba su sorpresa–. No sé por qué, pero no te imagino leyendo las páginas de cotilleos.

–Es buena –dijo Vaughan encogiéndose de hombros.

–La sobrestiman, si quieres saber mi opinión –comentó Katy.

«No quiero», pensó Vaughan y se contuvo para no decirlo en voz alta. Estaba demasiado cansado para mantener una discusión con Katy.

Las largas conversaciones con Katy estaban repitiéndose con demasiada frecuencia últimamente. Aprovechaba cualquier excusa para posar su pequeño trasero en la silla que había frente a él y cruzar sus bronceadas piernas mientras esbozaba una brillante sonrisa y comenzaba a hablar. ¡Lo que le gustaba hablar a aquella mujer!

¿Qué había pasado con la eficiente y silenciosa secretaria que había contratado y que tan bien se las arreglaba para llevar su apretada agenda? ¿Aquella mujer que con tanto orgullo le había mostrado su anillo de compromiso y que se había ruborizado de placer al ver aparecer a su novio para recogerla?

–Lo que quiero decir –continuó Katy–, es que a pesar de toda la propaganda que le hacen, no hay nada que se pueda describir como profundo en sus artículos. Nunca indaga en los chismes de todos esos famosos a los que entrevista, no hay nada que destaque en sus artículos.

Vaughan borró su cansada sonrisa. Si Katy no sabía leer entre las líneas que Amelia Jacobs hábilmente escribía, no iba a ser él quién le enseñara.

Amelia Jacobs era un genio. En los pocos meses que llevaba escribiendo para el periódico, había logrado hacerse con fieles lectores que disfrutaban de la ironía de sus artículos.

Amelia Jacobs, en la no tan humilde opinión de Vaughan, era comedida aunque en ocasiones no tenía

inconveniente en hacer preguntas fuera de lo habitual y ahondar en detalles que de una manera u otra venían a confirmar o negar los rumores que corrían. Sus entrevistas eran una extraña mezcla de ironía y compasión.

–¿Por qué quiere entrevistarme? –preguntó Vaughan otra vez. Todos los periodistas parecían buscar algo en él, pero el hecho de que no tuviera tatuajes, que hiciera tres comidas al día y que no tuviera un padre que hubiera abusado de él, no parecía hacerle encajar en ninguno de los temas habituales de Amelia Jacobs–. O dicho de otra manera, ¿por qué crees que debería querer que me entrevistara?

–Porque siempre estás en las noticias aunque sea por motivos equivocados –respondió Katy–. Recuerdo la vez de la supermodelo y la de la actriz y...

–Desde luego que no soy ningún monje –la interrumpió Vaughan, pero ni siquiera su extraño sentido del humor le permitían eludir aquel incómodo tema de conversación. Hablar de su vida sexual con Katy no le parecía una buena idea–. De eso hace siglos –añadió mientras Katy sonreía.

–Lo sé, pero ya sabes cómo es la prensa una vez que tienen a su presa entre los dientes. Y no eres precisamente un inocente muchacho de ojos azules que...

–Desde luego que no –repuso Vaughan en un tono de voz algo crispado.

Katy carraspeó.

–En el último consejo de administración se estimó conveniente que mostraras tu lado más amable a la prensa cuando se presentara la ocasión.

–Pero no lo tengo –apuntó Vaughan y se encogió de hombros–. Soy como me ven.

–No estoy de acuerdo –dijo Katy bajando el tono de su voz sin dejar de mirarlo fijamente mientras se retiraba un mechón de pelo de la cara con la mano izquierda. En aquel instante, Vaughan se percató de que no llevaba el anillo de compromiso–. Recuerda lo amable que fuiste conmigo cuando rompí con Andy.

–No lo sabía –dijo Vaughan sin saber si mantener la sonrisa o no ante la mirada insinuante de Katy.

En ese momento, se percató de algo que la mayoría de los hombres no se habrían dado cuenta y que él, por su experiencia con las mujeres, sabía interpretar como si de un libro abierto se tratara. Mientras él había estado ocupado en sus asuntos, Katy había estado mezclando todos sus encantos y ahora estaba lista para mostrárselos.

–Rompimos hace un par de semanas. Fue muy duro en el momento, pero creo que me estoy recuperando –señaló manteniéndole la mirada–. ¿Por qué no vienes a cenar a mi casa? Estoy segura de que lo último que te apetece ahora mismo es cocinar y debes de estar harto de comer en restaurantes.

–Muchas gracias, pero no –dijo Vaughan declinando amablemente su ofrecimiento. No tenía hambre y aunque así fuera, tampoco estaba dispuesto a aceptar–. Lo único que quiero es irme a la cama.

Aquella mujer era muy atrevida. Una sonrisa pícara se dibujó en sus bonitos labios al oír la palabra y mantuvo desafiante su mirada. Vaughan sabía exactamente que el menú de la cena pasaría por alto el primer y el segundo plato, para ir directamente al postre.

Al observar cómo se transformaba la expresión de su rostro mientras él sacudía la cabeza y volvía a tomar

el bolígrafo, Vaughan se consoló pensando en que le estaba haciendo un favor. Si se acostaba con ella, acabaría despidiéndola.

–Haz pasar a la señorita Jacobs tan pronto llegue. Una vez esté aquí, puedes irte a tu casa.

–No me importa esperar –insistió Katy.

–Vete a casa, Katy –repitió y esta vez ni siquiera levantó la mirada de los papeles–. Me pondré al día contigo la semana que viene en Melbourne.

Capítulo 1

AMELIA APRETÓ el botón de envío en su ordenador y se echó hacia atrás.

Su rutina de los viernes por la tarde era sagrada. Primero, leía su artículo tratando de ser lo más objetiva posible. Mientras limpiaba su apartamento, recitaba en voz alta algunos párrafos para asegurarse de que las comas y las exclamaciones estaban bien puestas. A continuación, se dirigía a la tintorería y a la vuelta se detenía a tomar un café bien cargado con leche y mucho azúcar. Una vez en casa, hacía un último repaso al artículo, desenchufaba el teléfono y dejaba correr el grifo para que se llenara la bañera. Finalmente apretaba el botón de envío. Mientras su trabajo pasaba al ciberespacio, ella se daba un baño aromático, tratando de relajarse con las diferentes fragancias. Supuestamente, la lavanda era fabulosa para los dolores de cabeza y, en los últimos seis meses, los viernes a eso de las cuatro de la tarde, siempre le dolía la cabeza.

Podía mandar el artículo una hora más tarde, a las cinco, pero necesitaba esa hora. Necesitaba disfrutar de un baño de burbujas mientras la sangre, el sudor y las lágrimas que había derramado durante los siete días

anteriores se dirigían en forma de artículo a través del ciberespacio al correo electrónico de Paul, su editor.

Por supuesto que entrevistar a famosos, comer en fabulosos restaurantes y que además la pagasen por escribir sobre eso, podía parecer el trabajo ideal para cualquier persona. Pero para Amelia era el fin que justificaba los medios. Había sido contratada como colaboradora para cubrir una baja de maternidad durante nueve meses y Amelia había aceptado aquel trabajo con la única intención de hacerse un nombre, conseguir contactos y, con un poco de suerte, acabar con un puesto permanente en las oficinas de la segunda planta, entre los periodistas de la sección de economía. Así, no tendría que seguir escribiendo sobre las idas y venidas de los famosos, ni de sus romances sino sobre los intrigantes efectos de las subidas y bajadas de los mercados financieros o sobre el impacto del dólar en las relaciones comerciales de Australia. Algún día daría con una primicia que la catapultara en su carrera como peso pesado. Quizá así lograra satisfacer a su padre.

Pero hasta el momento, nada de eso había pasado. Desde luego que Paul, su editor, había hecho todo lo posible. Insistía en que estaba hablando con algunas personas, pero sus gestiones seguían sin dar resultado y, estando en la recta final de la baja por maternidad de María, Amelia estaba empezando a ponerse nerviosa. No sólo por la ausencia de movimiento en el mundo empresarial, sino porque se había acostumbrado a tener un sueldo fijo en el complicado ámbito del periodismo. Además, tenía que admitir que le daba pena abandonar un trabajo que empezaba a gustarle.

Cerró los ojos y dejó escapar el aire que sin darse

cuenta había estado conteniendo como si esperara que al abrirlos fuera a ver la expresión de sorpresa de su padre Grant Jacobs, eminente analista político, ante el hecho de que a su hija le gustase escribir aquellos artículos sobre famosos, en los que se confirmaban o desmentían rumores. Para él, aquellos asuntos no eran noticias.

Con el agua al borde la bañera, Amelia cerró el grifo y fue al salón, que hacía las veces de comedor y despacho y puso su música favorita. El teléfono estaba desconectado, como hacía cada vez que terminaba un artículo, su horóscopo esperaba a ser leído y una copa de frío vino blanco aguardaba junto a la bañera.

Cumplida su rutina, respiró hondo, puso el dedo en el botón de envío, cerró los ojos y lo apretó. Entonces, al igual que cualquier otro viernes, corrió hasta el pequeño cuarto de baño, se desvistió en tiempo récord y se metió en el agua caliente. Esperó a que el cuerpo se aclimatara antes de sumergirse completamente y decidió untarse el pelo con aquel acondicionador que tantos milagros prometía, mientras se acomodaba y comenzaba a leer el horóscopo como solía hacer cada viernes.

Como Virgo, la esperaba un período fabuloso, según el horóscopo, lleno de cambios, en el que debería dejarse llevar y aceptar las ofertas que se le presentaran por absurdas que le pareciesen. Tenía que aprovechar las oportunidades, estar lista para los imprevistos y permitir que un poco de romance entrara en su vida.

Por una vez, Louis, la astróloga, no había dado ni una.

Volviendo a la portada de la revista, Amelia se quedó contemplando la fotografía del cantante Taylor

Dean saliendo de un elegante restaurante con la consabida belleza del brazo. Apenas podía creer que seis meses antes, era ella la que iba de aquel brazo.

Quizá Louis había equivocado sus notas y había repetido el horóscopo del mes de julio en mitad de enero porque seis meses antes había leído lo mismo, que se le presentaba un período fabuloso. Había recibido una increíble invitación de Taylor y había sido lo suficientemente tonta como para aceptar y permitir que un poco de romance entrara en su vida. ¿Y adónde la había llevado a parar?

Mirando los ojos marrones de Taylor, Amelia sintió como si contemplara su propia humillación. Recordaba perfectamente su turbulento romance y lo difícil que le había sido recuperar su reputación profesional. Sus colegas creían que cada noticia de la que se enteraba, había sido obtenida entre las sábanas.

Pero había aprendido de su error.

Durante los siguientes cinco meses en el *Tribute* Amelia se había comportado como toda una profesional. Había enviado sus artículos antes de la hora de cierre y, a pesar de haberse mostrado amable, había mantenido las distancias decidida a que una vez María regresara de su baja por maternidad, Taylor Dean sería tan sólo un recuerdo.

Las lágrimas que había tratado de contener fluyeron y la revista se cayó al suelo. Los ojos infieles de Taylor continuaban mirándola desde la portada. Las heridas de su corazón estaban todavía demasiado recientes para que no le dolieran. Salió de la bañera, quitó el tapón y envuelta en una toalla se fue al salón.

–¡No! –gritó al ver en la pantalla del ordenador un mensaje en rojo avisándole de la presencia de un virus.

¡Eran las cinco menos veinte! Lo único en lo que podía pensar era en la reacción de Paul mientras llamaba a un experto informático que lo único que pudo decirle fue que lo mismo le estaba pasando a todo el mundo.

Si su artículo no llegaba antes de la hora del cierre estaría perdida.

Ni siquiera se molestó en darle las gracias o en colgar el auricular imaginándose la escena. Lo cierto es que su columna no aparecería publicada hasta la semana siguiente, en el suplemento semanal, pero en el mundo del periodismo, las fechas de cierre eran lo primero. Si no se cumplían, lo demás no importaba.

Ya podía ver la ceja arqueada de Paul mientras se disculpaba. Podía incluso sentir el aire al agitar su mano diciéndole que no le importaba y que aquello no sería tomado en cuenta para decidir su situación en el futuro ya que todos sus anteriores trabajos los había entregado a tiempo.

–No te preocupes, Amelia –le diría y sonreiría, evitando que continuara con su excusa–. Estas cosas nos pasan a todos.

Insistiría en que no importaba y a continuación comprobaría con el departamento de personal el tiempo que quedaba para que la eficiente María regresara a su puesto.

Un lamento se escapó de los labios de Amelia mientras apretaba cada una de las teclas del ordenador y comprobaba que cada página que intentaba abrir se quedaba congelada sobre la anterior y las palabras desaparecían dejando la pantalla en blanco. Aquel maldito programa antivirus le había avisado demasiado tarde.